

Capítulo 232

Al escuchar el repentino sonido de la lluvia torrencial, Seolrang miró fijamente a Lime sin comprender nada.

Su expresión permaneció inalterable.

Mientras se mordía los labios con ansiedad y miraba a Seolrang, no se podía encontrar ni rastro de engaño en su rostro.

Ansiedad.

Eso era todo lo que Seolrang podía leer en el rostro de Lime.

De repente, Seolrang recordó las bromas que Lime le había gastado hasta ahora.

Solía gastarle todo tipo de bromas.

Pero nunca una sola vez.

¿Alguna vez había hecho una broma tan cruel?

Sin embargo, ¿y si se hubiera aprovechado de esta situación y la hubiera convertido en una broma?

Por lo que Seolrang había oído, Lime podía ser bastante traviesa con los demás, aunque no con ella.

Cuando sus pensamientos llegaron a ese punto, Seolrang recordó los errores que había cometido recientemente con Lime.

¿Era porque le había robado el postre que había comprado emocionada al regresar de Ashtalon?

¿O tal vez era porque había roto uno de sus preciados platos?

... Pensándolo bien, no sería tan extraño que Lime le hubiera gastado una broma así, teniendo en cuenta lo mal que la había tratado.

Sintiendo una ligera punzada de culpa, Seolrang sonrió.

Las frases se ordenaron en su mente.

Era una broma.

Era una broma de Lime.

Una broma.

Sí, una broma.

Ya que fue ella quien le hizo daño primero.

Lime, incapaz de contenerse más, estaba tomando su propia venganza.



Tenía que ser eso.

Pero.

«Oye, no bromees, Lime...».

La expresión de Lime era demasiado real para ser una broma.

«Oye, ¿de qué estás hablando?».

Sin darse cuenta, la voz de Seolrang tembló al final.

Lime permaneció en silencio.

Al ver esto, Seolrang reaccionó con aún más alegría.

«Sé que últimamente he sido un poco duro, pero ¿no es esta broma demasiado?».

Lime seguía sin decir nada.

«¿Eh? ¿Lime? Si quieras, ipuedo comprarte otro postre para compensartel».

gritó Seolrang, con una sonrisa cada vez más brillante.

Su voz temblaba un poco más.



Sin embargo, Lime permaneció en silencio.

«... Lime, ya te lo he dicho, no me gustan este tipo de bromas».

Como el silencio se negaba a romperse, los labios de Seolrang se tensaron y murmuró en voz baja.

A estas alturas, Lime ya debería haber dicho algo.

Diciendo que solo era una broma.

Que solo estaba gastándole una broma porque Seolrang le había robado el postre.

Esa era la reacción que necesitaba.

Porque solo se trataba de una broma.

Pero como ya había durado bastante,

Ahora.

Tenía que decirlo.

Una respuesta.

Seolrang miró a Lime.



Lime mantuvo la boca bien cerrada.

Y en sus ojos, junto con la ansiedad, surgió otra emoción.

Al ver eso, Seolrang sacudió la cabeza involuntariamente, como si no pudiera entenderlo.

No podía ser. Tenía que ser una broma.

Tenía que ser una broma.

Sí, solo fue una broma de muy mal gusto.

Pero.

Pero ¿por qué?

«Por qué Lime ponía esa cara?»

«Seolrang».

Lime la llamó por su nombre.

Luego, entreabrió ligeramente los labios.

Una y otra vez.



Como si hablar fuera demasiado difícil.

Y entonces.

Sus labios...

«¿Vamos a comprar postre?».

—No abrió.

Antes de que pudiera decir nada, Seolrang ya le había agarrado la mano a Lime.

Sus labios esbozaron una sonrisa.

Una sonrisa tan forzada que cualquiera podía ver que no era natural.

«De eso se trata, ¿verdad? ¡Vamos a comprar algunos! ¡No tardaremos mucho! ¡Podemos volver antes de que llegue el maestro! ¡Démonos prisa y vayamos!».

Riendo alegremente, Seolrang tiró de Lime hacia la puerta.

Como si intentara huir de la verdad,

ella se aferró con fuerza a la mano de Lime.



Pero.

Porque era demasiado lamentable.

«Esto no es una broma, Seolrang».

Lime no tuvo más remedio que decirle la verdad.

Seolrang se detuvo en seco y Lime sintió una presión sofocante en el pecho.

«... Hace dos días, el grupo de comerciantes que viajaba con el marqués fue atacado por un hombre desconocido y solo unos pocos sobrevivieron».

«.....»

«Y entre los supervivientes se encontraba Sir Evan, el caballero escolta del marqués...».

Lime dejó de hablar en ese momento.

No fue por elección propia.

Un aura asesina.

Una presencia escalofriante comenzó a asfixiarla.

«¡Hic...!»



Una intención asesina tan densa que parecía como si pudiera cortarle la respiración en cualquier momento.

Así era.

Viene de Seolrang.

Lime no tuvo más remedio que dejar de hablar.

«... ¿Dónde están?».

«¿Eh?»

«Los que le hicieron eso al maestro. ¿Dónde están?».

Lime lo vio.

Los ojos de Seolrang.

Vacíos de cualquier emoción.

Desprovisto incluso del más mínimo fragmento de sentimiento.

Su mirada, como si algo crucial se hubiera hecho añicos y derrumbado por completo.



Lime tragó saliva con dificultad.

#####

«¡Urk...!»

La primera en reaccionar ante la horrible visión bajo el acantilado fue Peña.

Se dio la vuelta, se arrodilló y vomitó.

Rine también frunció el ceño, como si le resultara insopportable contemplar la escena.

La vista desde el acantilado era devastadora.

No, decir que era devastadora era quedarse corto: era tan espantosa que solo podía describirse como el mismísimo infierno.

Alon puso los ojos en blanco.

Mirara donde mirara, solo veía cadáveres.

Si eso fuera todo.

No habría pensado que fuera tan brutal y horrible.

Alon había vivido en Psychedelia durante más de diez años, siendo testigo de innumerables cadáveres.



Rine y Penia no fueron la excepción.

El simple hecho de ver cadáveres no les habría hecho retroceder ni vomitar.

En un mundo de fantasía oscura como este, encontrar cadáveres era algo cotidiano.

Entonces, ¿qué era lo que provocaba esa abrumadora sensación de desesperación?

Alon desvió la mirada hacia un lado.

No solo vio cadáveres.

Había una montaña formada por cabezas cortadas de diversas especies.

Al desviar la mirada hacia otra dirección, vio otra montaña, esta formada por cuerpos brutalmente masacrados.

Justo al lado, unas «cosas» estaban destrozando y mutilando los cadáveres de formas grotescamente crueles.

Y cuando volvió a girarse, vio cómo cazaban a los seres vivos.

No había otra palabra para describirlo.



Lo primero que se veía eran especies no humanas que huían desesperadamente con los brazos inmovilizados.

Había todo tipo de razas.

Elfos y bestias, a quienes Alon reconoció, y otros que nunca había visto antes.

Hombres, mujeres, niños... no había diferencia.

Todos ellos tenían los brazos atados con esposas mientras corrían para salvar sus vidas.

Y los que los perseguían eran «humanos».

«No... ¿no son humanos?».

Alon se fijó en unas pequeñas protuberancias que les salían de la parte superior de la cabeza.

Su forma general se asemejaba a la de los humanos, pero había algo inconfundiblemente alienígena en ellos.

Antes de que pudiera seguir reflexionando, una de estas criaturas agarró a un hombre bestia.

Alon fue testigo de sus últimos momentos.

Las lanzas le atravesaron el estómago.



La bestia soltó un grito de dolor tan agonizante que hubiera sido mejor morir al instante.

Y esas criaturas...

Se estaban riendo.

Como si se estuvieran divirtiendo.

Sin dudarlo, clavaron las lanzas más profundamente.

Estaban tratando claramente toda esta situación como un juego.

«.....»

Por primera vez, los ojos de Alon, normalmente tranquilos y sin emociones, se hundieron profundamente en la oscuridad.

####

«¡Aaaaaaaah—!!!»

«¡Hiiik...!»

Un grito espeluznante rasgó el aire.



Al mismo tiempo, una chica de cabello blanco, que había estado corriendo desesperadamente, tropezó con una roca y se estrelló de cara contra el suelo.

La tierra le llenó la boca.

Tenía un sabor repugnante, tal vez porque estaba empapada en sangre seca.

Pero no tenía tiempo para pensar en el sabor ni en el dolor.

Se puso en pie a toda prisa y empezó a correr de nuevo.

El tobillo le latía como si se le fuera a romper por la caída.

Aun así, no se detuvo.

En cambio, con lágrimas corriendo por su rostro, apretó los dientes y corrió aún más rápido.

Sabía muy bien lo que pasaría si se detenía ahora.

Pero entonces...

Crack.

«¡Uf...!»

Como burlándose de su desesperación, sus piernas, ya debilitadas, cedieron, crujiendo como engranajes rotos.



Y finalmente...

¡Pum!

«¡Aaaaah!».

Un dolor agudo e insopportable le atravesó el muslo, haciéndola rodar por el suelo.

Una agonía abrasadora consumió su cuerpo.

Su mente solo podía procesar un pensamiento: duele.

«¡Uuuugh...! ¡Ugh...!»

Incluso en medio de tal agonía, arañó la tierra, arrastrando desesperadamente su cuerpo hacia adelante.

Tenía que escapar.

Tenía que correr.

Tenía que salir de allí, costara lo que costara.

Para poder sobrevivir.



Para poder encontrar a su familia...

a su madre.

Su papá.

Sus amigos.

«¡Uf...!»

Aguantó el dolor y se impulsó hacia adelante.

El hedor de la sangre le llenó la nariz.

El hedor de un campo de batalla empapado de innumerables muertes atormentaba sus sentidos.

Pero entonces...

«Te estás esforzando mucho por correr, ¿eh?».

«...!»

Desafortunadamente, ahí terminó su huida.

Una mano áspera la agarró por el cabello blanco y la levantó de un tirón.



Era el mismo hombre que le había atravesado el muslo con una lanza.

Su cabello blanco plateado, ahora manchado de sangre y tierra, estaba despeinado sin piedad.

Ella dejó escapar un leve gemido cuando la levantaron del suelo.

El hombre se burló de su indefensa figura.

Y entonces...

«¡KyAAAAAAA!».

Como si nada, giró la lanza que aún estaba clavada en su muslo.

Sus gritos rasgaron la noche mientras su cuerpo se convulsionaba violentamente.

El hombre solo sonrió con sarcasmo ante su sufrimiento.

«Sí, eso es. Grita más fuerte. Grita como si se acabara el mundo. Envía tu terror al señor Baarma. Puedes hacerlo, ¿verdad?».

Empujó la lanza aún más profundamente.

Y entonces...

El cuerpo de la chica se quedó flácido.



Había perdido el conocimiento por el dolor.

Sin dudarlo, el hombre le arrancó la lanza de la pierna...

«Por usted, señor Baarma, le ofrezco esto».

Con una brillante sonrisa, levantó la lanza en alto hacia el cielo.

Sus ojos frenéticos brillaban mientras se fijaban en el corazón de la chica, cuyo cuerpo seguía sangrando sobre la tierra.

Y entonces...

Su cabello revuelto enmarcaba su delicado y juvenil rostro, ahora lleno de desesperanza.

Se había dado cuenta de la verdad.

Por mucho que luchara, no podía escapar.

Moriría allí.

Una sola lágrima resbaló por su mejilla.

Los recuerdos parpadearon en su mente como fragmentos de luz destrozados.



Los rostros de sus padres.

La sonrisa de su hermano menor.

Sus amigos.

La gente de su pueblo.

Todos los momentos preciosos que había compartido con ellos pasaron ante sus ojos como un sueño que se desvanece.

La feroz determinación que había ardido en su mirada, incluso en esta terrible situación, comenzó a desvanecerse.

El final se acercaba.

El hombre sonrió con desprecio mientras levantaba su lanza.

Apuntó a su corazón.

Y entonces...

Crack.

Un sonido diminuto, casi imperceptible, resonó en sus oídos.

«... ¿Eh?».

Se dio cuenta de dos cosas.

Una: estaba en los brazos de alguien.

Y dos:

«¿Estás bien?».

La persona que la había salvado...

Era un hombre con un rostro inexpresivo.

«Penia, ¿puedes curarla?».

«No soy especialista, pero puedo encargarme del tratamiento de emergencia».

El hombre, Alon, entregó a la niña de cabello blanco e inmediatamente se dio la vuelta.

Al mismo tiempo...

¡¡¡Crackle!!!

De su cabeza comenzaron a crecer dos cuernos de relámpagos.



«... Ah».

Los ojos de la chica se fijaron en la espalda del hombre.

Una figura divina, envuelta en relámpagos.